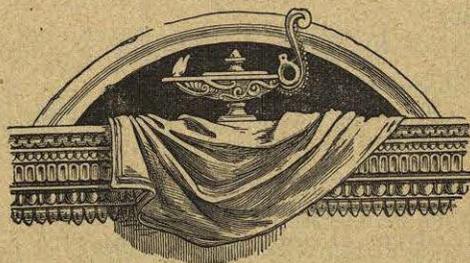


todos los corazones del pueblo! Y aquello mismo que en nosotros parecería delito, se transformaría por su sola presencia, como por la más rica alquimia, en dignidad y en valía.

CASIO.—Bien habéis estimado á Bruto, su valer y la gran necesidad que tenemos de él. Marchémos; pues es pasada la media noche, y antes del día le despertaremos y contaremos con él.

*(Salen).*



## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

El huerto de Bruto, en Roma

Entra BRUTO

BRUTO

¡Ea, Lucio! ¡Hola!... No puedo calcular por la marprofundamente.—¿Hasta cuándo? ¡Despierta! Despierta, digo.—¡Ea, Lucio! *(Entra Lucio).*

LUCIO.—¿Habéis llamado, mi señor?

BRUTO.—Coloca una lámpara en mi estudio, y encha de las estrellas lo que falta para el día. ¿Oyes Lucio? Ya quisiera yo tener el defecto de dormir tan cendida que sea, vendrás aquí á llamarme.

LUCIO.—Así lo haré, señor. *(Sale).*

BRUTO.—Tiene que ser por su muerte.—En cuanto á mí no tengo para menospreciarle ninguna causa pesonal, sino la de todos. El desearía coronarse. Cómo pueda cambiar esto su naturaleza, hé ahí el problema.—Es el día brillante el que hace salir á luz la serpiente, y esto aconseja caminar con cautela.—¿Coronarlo? Sea.—Y entonces, de seguro ponemos en él un estímulo por el cual pueda crear

peligros á la voluntad.—El abuso de la grandeza existe cuando esta separa del poder el remordimiento; y á decir verdad de César, nunca ha sabido que sus afectos hayan vacilado más que su razón. Pero es prueba ordinaria que la humildad es para la joven ambición una escala, desde la cual el trepador vuelve el rostro; pero una vez en el más alto peldaño, da la espalda á la escala, alza la vista á las nubes y desdeña los bajos escalones por los cuales ascendió. Acaso lo haga César. Luego, so pena de que llegue á hacerlo, hay que evitarlo. Y pues la contienda no versará sobre lo que es él en sí, hay que darle esta forma: aumentando lo que él es, se precipitaría á estos y aquellos extremos; y, por lo tanto, se le debe considerar como al huevo de la serpiente, que incubado, llegaría á ser peligroso, como todos los de su especie; y hay que matarlo en el cascarón.

*(Vuelve á entrar Lucio).*

LUCIO.—La lámpara, señor, está encendida en vuestro retrete.—Buscando una piedra de chispa en la ventana, hallé este papel, sellado como veis. Estoy seguro de que no estaba allí cuando fui á acostarme.

BRUTO.—Vuelve á tu lecho, aún no es de día. Dime ¿no son mañana los idus de Marzo?

LUCIO.—No lo sé, señor.

BRUTO.—Busca en el calendario y avísame.

LUCIO.—Lo haré, señor.

BRUTO.—Las exhalaciones que silban por los aires dan tanta luz que bien podría leer con ella.

*(Abre la carta y lee).*

«Bruto, estás dormido. Despierta y contéplate á ti mismo. Tendrá que permanecer Roma, etc.— ¡Habla! ¡Hierre! ¡Haz justicia! Estás dormido, Bruto.— ¡Despierta!»

A menudo se han colocado instigaciones de esta clase allí donde he debido tomarlas.—«¿Tendrá que

permanecer Roma, etc.?» Luego de todo ello debo desentrañar esto: «¿Tendrá que permanecer Roma bajo el terror de un hombre?» ¡Qué! ¡Roma! Mis antepasados arrojaron de las calles de Roma á Tarquino cuando era llamado rey. «¡Habla! ¡Hierre! ¡Haz justicia!» ¿Se me suplica pues que hiera? ¡Oh Roma! Te lo prometo. Si ha de ser para alcanzar



justicia, recibe todo lo que pides de las manos de Bruto.

*(Vuelve á entrar Lucio).*

LUCIO.—Señor, han pasado catorce días de Marzo.

*(Se oye un golpe).*

BRUTO.—Está bien. Vé á la puerta, alguien llama. *(Sale Lucio).* Desde el momento en que Casio me excitó contra César, no he dormido. Entre la ejecución de una cosa terrible y el primer móvil de ella, todo el intervalo es como un fantasma ó como un horrible sueño. El genio y los instrumentos mortales, se confrontan entonces; y el estado del hombre,

como un pequeño reino, adolece de la naturaleza de una insurrección. *(Vuelve á entrar Lucio).*

LUCIO.—Señor, es vuestro hermano Casio que está á la puerta y desea veros.

BRUTO.—¿Está solo?

LUCIO.—No, señor. Hay otros con él.

BRUTO.—¿Los conoces?

LUCIO.—No, señor. Tan enterrados llevan los sombreros y tan oculta en el embozo la mitad de la cara, que de modo alguno podría descubrirlos por sus fisonomías.

BRUTO.—Hazlos entrar. *(Sale Lucio).*—Son de la facción. ¡Oh conspiración! ¿Te avergüenzas acaso de mostrar tu peligroso ceño de noche, cuando en ella campea más libre el mal? ¿O bien dónde encontrarás de día una cueva bastante oscura para encubrir tu monstruosa faz? No la busques ¡oh conspiración! Pon sobre tu rostro una máscara de sonrisas y afabilidad; porque á dejarte ver con tu natural aspecto, ni el mismo Erebo sería bastante obscuro para sustraerte á la desconfianza.

*(Truenos y rayos. Entran por lados opuestos CASCA con la espada desnuda, y CICERON.)*

CASIO.—Temo robaros el sueño con demasiado atrevimiento. Buenos días, Bruto: ¿os importunamos?

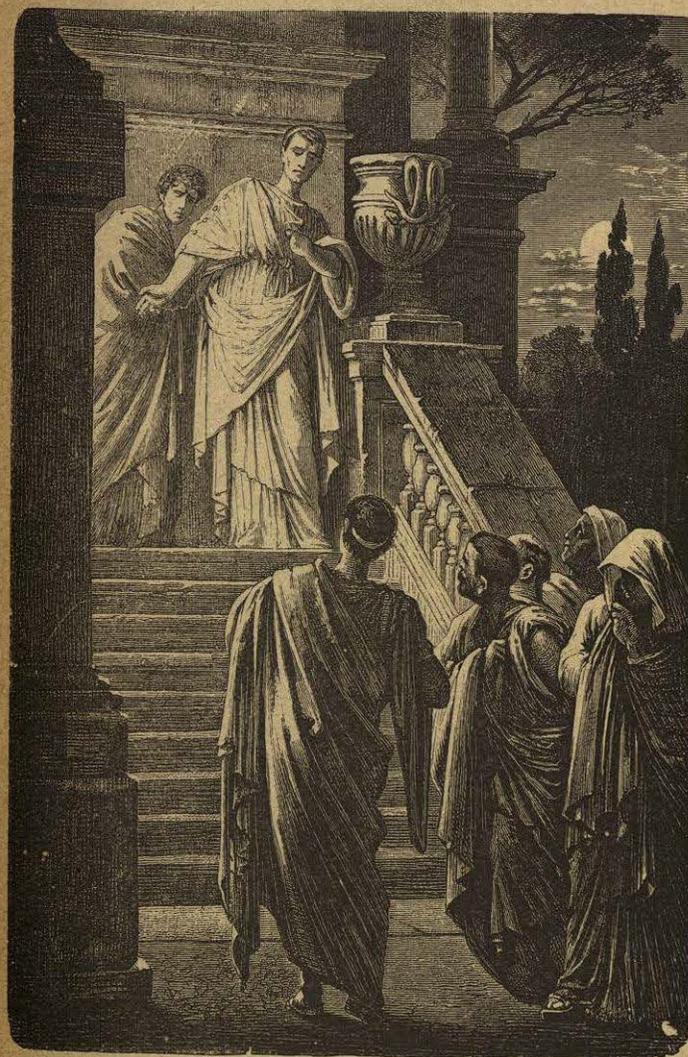
BRUTO.—He estado en pie hasta ahora; despierto toda la noche. ¿Conozco á esos hombres que os acompañan?

CASIO.—Sí, á cada uno de ellos. Y no hay uno solo entre todos que no os honre y venere; y cada cual desearía que tuvieseis de vos mismo la opinión que de vos tiene todo romano noble. Este es Trebonio.

BRUTO.—Bien venido.

CASIO.—Este, Decio Bruto.

BRUTO.—Bien venido también.



*Los conjurados en el huerto de Bruto*

CASIO.—Este es Casca; éste, Cinna; y éste, Metelio Címber.

BRUTO.—Bien venidos son todos. ¿Qué vigilantes cuidados ahuyentan el reposo de vuestra noche?

CASIO.—¿Permitís una palabra? *(Cuchichean)*.

DECIO.—Aquí está el Este. ¿No es aquí por donde despunta el día?

CASCA.—No.

CINNA.—¡Oh! Perdonad, que sí; y aquellas líneas pardas que orlan las nubes son mensajeras del día.

CASCA.—Habréis de confesar que uno y otro estáis equivocados. El sol se levanta allí donde apunto con mi espada, que es buen trecho hacia el Sur, considerando la temprana estación del año. Dentro de unos dos meses, presentará su fulgor más hacia el Norte: y el alto Oriente está, como el Capitolio, directamente aquí.

BRUTO.—Dadme todos vuestra mano, uno por uno.

CASIO.—Y juremos nuestra resolución.

BRUTO.—No, nada de juramento.—Si las miradas de los hombres, si el sufrimiento de nuestras almas, si los abusos del tiempo, no son motivos bastante poderosos, dispersémonos, y que cada cual vuelva al ocioso descanso de su lecho. Así dejaremos á la tiranía previsorá que escoja la mira, hasta que caiga á su turno el último hombre. Pero si estos tienen, como estoy seguro de ello, sobrado fuego para inflamar á los cobardes y para revestir de valor el ánimo desfalleciente de las mujeres; entonces, compatriotas, ¿qué habemos menester de más estímulo que nuestra propia causa para impulsarnos á hacer justicia? ¿Qué mejor lazo que el de secretos romanos que han dado su palabra y que no la burlarán? ¿Ni qué otro juramento que el compromiso de la honradez con la honradez, para realizar esto ó sucumbir por ello? Juren los sacerdotes y los cobardes, y los hombres recelosos, decrépitos, corrompidos, y las almas que en

sus padecimientos buscan sendas torcidas.—Juren en pró de las malas causas aquellos miserables que inspiran dudas á los hombres; pero no manchéis la clara virtud de nuestra empresa, ni la inquebrantable altivez de nuestros ánimos, con el pensamiento de que ó nuestra causa ó su ejecución necesitaban ser juradas; siendo así que cada gota de la sangre que cada romano lleva, y lleva noblemente, sería culpable de bastardía si él quebrantara la más mínima parte de promesa alguna que hubiese hecho.

CASIO.—¿Pero qué hacer respecto de Cicerón? ¿Le sondearemos? Pienso que estará resueltamente con nosotros.

CASCA.—No lo dejemos fuera.

CINNA.—No: de ningún modo.

METELIO.—¡Oh! Tengámosle; porque sus cabellos canos nos harán adquirir buena opinión, y conseguirán que se levanten voces para encomiar nuestros hechos. Se dirá que nuestras manos han sido dirigidas por sus sentencias, y lejos de aparecer en lo menor nuestra juventud y fogosidad, desaparecerán por completo en su gravedad.

BRUTO.—¡Oh! No mencionéis su nombre; pero no rompamos con él. Jamás seguirá cosa alguna principiada por otros.

CASIO.—Entonces, dejadle fuera.

CASCA.—En verdad no es hombre á propósito.

DECIO.—¿No habrá de tocarse á hombre alguno, excepto á César?

CASIO.—Bien pensado, Decio. No juzgo oportuno que Marco Antonio, tan amado por César, le sobreviva. En él hallaríamos un astuto contendiente; y bien sabéis que si perfeccionase sus recursos, serían suficientes para fastidiarnos á todos. Pues para evitar esto, que César y Antonio caigan juntos.

BRUTO.—Parecería demasiado sangriento nuestro plan, caro Casio, al cortar la cabeza y mutilar ade-

más los miembros. Sería algo como la ira en la muerte y la envidia después. Porque Antonio no es sino un miembro de César. Casio, seamos sacrificadores, no carniceros. Todos nos erguimos contra el espíritu de César; pero el espíritu de los hombres no tiene sangre. ¡Oh! si pudiésemos por ello dominar el espíritu de César, y no desmembrar á César! Pero ¡ay! ¡César tiene por eso que derramar su sangre! Y, benévolos amigos, matémosle audazmente pero sin ira. Tratémosle como la vianda que se corta para los dioses, no como la osamenta que se arroja á los perros. Y hagan nuestros corazones lo que los amos astutos: excitar á sus sirvientes á un acto de furor, y después aparentar que se les reprueba. Así nuestro propósito aparecerá necesario, no envidioso. Y con tal apariencia á los ojos de las gentes, se nos llamará redentores, no asesinos.—Y en cuanto á Marco Antonio, no penséis en él, porque no tendrá más poder que el brazo de César cuando la cabeza de César esté cortada.

CASIO.—Y sin embargo, le temo, á causa del profundo amor que tiene á César.

BRUTO.—¡Ah, buen Casio! no penséis en él. Si ama á César, lo más que podrá hacer será reflexionar dentro de sí mismo, y morir por César.—Y harto sería que lo hiciera; porque es hombre dado á juegos y disipación y á muchos camaradas.

TREBONIO.—No ofrece peligro. No hay para que muera, desde que gusta de vivir y ha de reirse de esto después. *(Suena el reloj).*

BRUTO.—Silencio: contad la hora.

CASIO.—Han dado las tres.

TREBONIO.—Es tiempo de partir.

CASIO.—Pero es de dudar, si vendrá hoy César, ó no, porque de algún tiempo á esta parte se ha vuelto supersticioso. Alguna vez tuvo sobre la fantasía, los sueños y las ceremonias, una opinión del